

FELICIA YAP

EL JUEGO DE LA MEMORIA

RECORDAR PUEDE SER MORTAL



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

Un pueblo cerca de Cambridge, dos años antes del asesinato

1. Claire

2. Mark

3. Sophia

4. Hans

5. Sophia

6. Hans

7. Claire

8. Mark

9. Hans

10. Mark

11. Sophia

12. Hans

13. Sophia

14. Hans

15. Claire

16. Hans

17. Mark

18. Sophia

19. Hans

20. Sophia

21. Hans

22. Sophia

23. Hans

24. Claire

25. Mark

26. Claire

27. Mark

28. Hans

29. Una playa en Bora Bora, Pacífico Sur,

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Querido lector:

Vivimos en un mundo acelerado en el que pasamos más tiempo observando una pantalla que mirando a nuestro alrededor y prestando atención a las personas que nos importan. Todo sucede AHORA, y casi todas las noticias quedan desactualizadas a los pocos minutos.

Cada vez nos cuesta más recordar un nombre o una fecha, pero no importa porque todo está en la nube o en la memoria de nuestros dispositivos. Pero ¿y si estuviéramos olvidando lo esencial? No es lo mismo un dato que un recuerdo, y no todos los recuerdos son iguales. Si vivimos en un presente continuo, ¿qué debemos recordar de nuestro pasado para no olvidarnos de quiénes somos?

El juego de la memoria, de Felicia Yap, es un fascinante *thriller*

filosófico que nos traslada a una sociedad distópica cuyos habitantes se han convertido en seres frágiles porque carecen de memoria. Solo pueden recordar un día, el de ayer, si pertenecen a los Uno; o dos si pertenecen a la clase privilegiada de los Duo. Los recuerdos solo se pueden evocar gracias a las anotaciones en un iDiary, y estas ni siquiera son fiables, ya que pueden estar incompletas o no ser del todo ciertas... Así es como el pasado se ha convertido en terreno desconocido.

En esta realidad alternativa en la que nos sumerge Felicia Yap, debería ser una virtud que tu pareja tuviera mayor capacidad para recordar que tú, pero si sospechas que te oculta algo que eres incapaz de descifrar, cada día se convierte en una nueva incertidumbre. Eso le ocurre a Claire, la protagonista, cuando el detective Hans Richardson le hace saber que su marido podría estar implicado en el asesinato de una mujer...

¿Cómo puedes mantener el control de tu vida si solo puedes recordar el día de ayer? ¿Estamos tan lejos de ese mundo creado por Felicia Yap?

Al pasar la página entenderás por qué este debut ha recibido una acogida tan calurosa en los quince países donde ya se ha publicado. ¿A qué estás esperando?

La editora

A Alex y Han Shih

Un pueblo cerca de Cambridge, dos años antes del asesinato

Déjame que te cuente unos secretos muy feos. Empezaré por enseñarte una fotografía.

Soy yo, hace mucho tiempo. Era plana y tenía orejas de soplillo. Si te fijas bien, verás que en algún momento en mis ojos hubo esperanza y en mi alma, fuego. Hoy, tanto la esperanza como el fuego han desaparecido. Aniquilados por años de internamiento.

Aquí hay otra fotografía. Ah, ya veo que te sobresaltas. Es comprensible. Después de todo, es una fotografía de ti. La de tu ficha policial, tomada hace poco. No sales tan mal. Melena rubia que te cae sobre los hombros, buenas tetas. ¿Sabes qué? Voy a transformarme hasta ser idéntica a ti. Me voy a decolorar el pelo y me pondré unas tetas como las tuyas.

¿Estás frunciendo el ceño? No lo entiendes, ¿verdad? Te estás preguntando por qué quiero parecerme a ti.

Déjame que te lo explique. Me acuerdo de todo. No estoy mintiendo. Soy la única persona del mundo que recuerda su pasado. Al completo. Y la mayor parte con detalles vívidos. Hablo en serio. Y eso me convierte en alguien muy, pero que muy especial.

No me crees, ¿a que no?

Eso también es comprensible. Al igual que los cinco mil millones de Uno que nos rodean, tú solo recuerdas lo que te pasó ayer. Te levantas cada mañana con la cabeza llena de datos, información cuidadosamente seleccionada sobre ti y sobre otras personas. De tu cama, vas directa al iDiary que tienes sobre la reluciente encimera de tu cocina. A ese dispositivo electrónico, el exiguo cordón umbilical que te une al pasado. Desesperada por saber los pocos y tristes detalles que pusiste por escrito la noche anterior. Ávida de añadirlos a tus recuerdos de lo que pasó ayer... y a otros datos fríos e inútiles que has aprendido sobre ti misma.

Lamentable, ¿no te parece?

Pero es a lo que estás acostumbrada, ¿verdad? Porque es lo que llevas haciendo desde los dieciocho años, cuando ese pequeño y triste cerebro tuyo se apagó. No me extraña que envidies a los Duo, cuya memoria a corto plazo es algo mejor que la tuya. Aunque lo cierto es que sois todos iguales.

Igual de penosos.

Déjame que añada una sencilla verdad, puesto que estás empezando a conocerme tal y como soy.

Cuando lo recuerdas todo, recuerdas lo que otras personas te han hecho (aunque ellas lo hayan olvidado). Hasta el detalle más nimio y atroz. Lo que hace que quieras vengarte si te han hecho mucho daño. Me refiero a un daño muy grande, como, por ejemplo, obligarte a pasar diecisiete años recluida en un manicomio. Te hace soñar con hacer justicia durante las horas de noche cerrada, cuando la sonrisa de la luna se ha desvanecido y las lechuzas han dejado de ulular.

Cuando lo recuerdas todo, también puedes salir impune de todo. De vengarte, por ejemplo.

Lo que está de puta madre, ¿no te parece?

Por esa precisa razón, yo, Sophia Alyssa Ayling, voy a salir impune de esta.

Vengarse sería genial. Sobre todo teniendo en cuenta lo que me has hecho. Todas esas cositas malas de las que has sido culpable a lo largo de estos años. Lo que hace que el odio sea tan potente es la suma total de las ofensas que recuerdo. Ah, sí. Vengarse será cosa fácil.

Porque nadie recordará lo que voy a hacerte.

Excepto yo.

La felicidad es un proceso. La infelicidad es un estado.

Diario de Mark Henry Evans

1

Claire

Un hombre gimotea en la cocina. También me cierra el paso hasta la encimera de mármol donde está mi diario electrónico, con el diodo color morado eléctrico todavía centelleando. Lo miro, se está sujetando la mano izquierda y tiene cara de dolor. De su dedo índice gotea sangre. A sus pies hay restos de una tetera.

–¿Qué ha pasado? –pregunto.

–Se me ha caído –dice con una mueca de dolor.

–Déjame ver. –Voy hacia él evitando pisar esquirlas de porcelana. A medida que me acerco, el anillo de oro que lleva en la mano izquierda se burla de mí con un destello afilado. Me trae a la cabeza los datos básicos que, con los años, he aprendido de mi marido. Nombre: Mark Henry Evans. Edad: 45. Ocupación: novelista a la espera de ser elegido diputado por South Cambridgeshire. Nos casamos a las 12.30 del 30 de septiembre de 1995 en la capilla del Trinity College. A nuestra boda asistieron nueve personas. Los padres de Mark se negaron a venir. Le prometí al capellán Walters que cada mañana me recordaría a mí misma que quiero a Mark. La boda costó 678,29 libras. Tuvimos relaciones sexuales por última vez hace más de dos años, a las 22.34 del 11 de enero de 2013. Se corrió a los seis minutos y medio.

Todavía no he conseguido saber si toda esta información que conservo sobre mi marido debería hacerme sentir mal, triste... o furiosa.

–Intenté atraparla antes de que se estrellara contra el suelo – dice Mark–, pero rebotó en el lavavajillas.

Examino el corte que tiene en el dedo índice. Mide más de dos centímetros. Levanto la vista hacia la cara de Mark, observo los profundos pliegues que tiene sobre el entrecejo, las arrugas de preocupación que irradian de las comisuras de los ojos, los labios fruncidos. Recuerdo que anoche no paró de dar vueltas en la cama, como si algo lo persiguiera en sueños.

–Tiene mala pinta –digo–. Voy a por una tiritita.

Le doy la espalda y subo corriendo las escaleras. Dato: el botiquín se guarda en el armario que está junto al espejo del cuarto de baño. Antes de abrirlo me detengo ante mi imagen reflejada en el es-

pejo. Los ojos que me devuelven la mirada son distintos de los ojos angustiados que vi ayer. La mirada de hoy parece más clara. Pero las mejillas están hinchadas. Se me han formado bolsas bajo los ojos.

Anoche lloré hasta quedarme dormida. Me pasé casi todo el día en la cama.

Me pregunto por qué. Miro con atención la cara hinchada del espejo y quiero que me vengan a la cabeza los datos pertinentes. Pero las razones de la infelicidad de ayer revolotean fuera de mi alcance, como las alas de una mariposa esquiva. Solo recuerdo haberme escondido, haber llorado con la cara hundida en la almohada y haberme negado a comer. Hago una mueca de derrota, el rostro en el espejo me la devuelve. La infelicidad de ayer debió de provocarla algo que ocurrió hace dos días. Pero ¿qué?

No sé lo que pasó anteayer. Porque no puedo saberlo. Solo recuerdo lo que pasó ayer.

Mi marido me necesita, me digo con un suspiro. Saco el botiquín del armario y bajo. Mark está sentado a la mesa de la cocina, sujetándose el dedo herido con la mano derecha. Sus labios siguen apretados en una mueca de dolor.

–Déjame que te cure –digo mientras abro el botiquín.

Mark da un respingo cuando le limpio la sangre con un bastoncillo de algodón. El corte es mucho más profundo de lo que creía.

–Tendría que desinfectarlo primero. –Saco una botellita de anti-séptico y le quito el corcho.

–Tampoco es para tanto.

–No voy a dejar que andes por ahí con un dedo infectado.

–Es un cortecito de nada.

Ignoro a Mark, vierto una cantidad generosa de antiséptico en la herida (da otro respingo) y le pongo una tirita. Abre la boca para decir alguna cosa, pero la vuelve a cerrar con el ceño fruncido.

Le beso el dedo antes de levantarme de la mesa y agarrar mi diario de la encimera de la cocina. Apoyo el pulgar en el lector de huellas dactilares, con lo que deja de centellear el diodo violeta de «leer ahora la entrada de ayer». Bajo hasta la última entrada. Es de anoche. Escribí:

11.12. Me he despertado sintiéndome fatal. Con el peso de lo que sé sobre los hombros. He estado una hora llorando en la cama. A las 12.15 encontré a Mark dormido en su despacho, lo desperté y le di el regalo que había comprado, aunque falta una semana para su cumpleaños. Me eché a llorar otra vez y volví a la cama. He descuidado todas las tareas de la casa, incluso la jardinería. Me he saltado la comida y la cena. Mark no dejaba de entrar en el dormitorio con cara de preocupación para decirme que

mañana todo habría vuelto a la normalidad. Tiene razón. La pesadilla de ayer habrá desaparecido por la mañana. A las 21.15 me levanté para tomarme un plátano, las pastillas y dos whiskis de malta antes de volver a la cama.

Una descripción precisa, aunque sucinta, de lo que ocurrió ayer. Claro que la entrada no dice por qué lloraba. Solo sugiere que la infelicidad de ayer la desencadenó algo ocurrido hace dos días. Algo horrible. Voy a la penúltima entrada.

Tormenta de truenos hasta las 9.47. Luego saqué a *Nettle* a pasear. Almuerzo a las 13.30 a base de rosbif y patatas, que comí sola, en el porche. Mark quería comer en su despacho para poder seguir escribiendo. A las 16.50 fui hasta Grange Road para una larga charla con Emily acompañada de té y bollos. Velada sin nada de especial. Mark volvió al despacho para escribir. Yo me instalé en el sofá y cené sobras recalentadas en el microondas.

Estoy desilusionada y perpleja por la entrada. Había supuesto que arrojaría algo de luz sobre las razones de mi infelicidad de ayer. Pero la entrada es lacónica, opaca. Releo con atención su contenido y sigo igual de perdida. Es posible que Mark sepa lo que pasó hace dos días. Al contrario de mí, él es un Duo, por lo tanto se acuerda de ayer y también de anteayer. Es lo que lo diferencia de la mayoría, la razón por la que se considera superior.

–Recuerdo haberme pasado casi todo el día de ayer llorando –digo, y me fijo en que Mark no ha dejado de fruncir el ceño–. Pero no logro saber por qué.

Nuestras miradas se encuentran. En las pupilas de Mark hay un destello oscuro que soy incapaz de descifrar. ¿Es ira? ¿Dolor? ¿O miedo?

Se vuelve y observa mi orquídea mariposa durante varios segundos antes de contestar.

–Hace dos noches te olvidaste de tomar la medicación –dice–. Por eso ayer tuviste una recaída.

Debe de ser eso. Dato: desde el 7 de abril de 2013 tomo dos medicamentos, tal y como me recetó el doctor Helmut Jong, del hospital Addenbrooke: Lexapro y Prisqit. Dos comprimidos de Lexapro y uno de Prisqit al día. Agarro el pastillero que está sobre la encimera y busco en mi cabeza más detalles pertinentes. Dato: a las 14.27 del 1 de junio de 2015 fui hasta la farmacia de Newnham a buscar una nueva remesa de pastillas con las recetas del doctor Jong. Sesenta y treinta respectivamente, un mes de tratamiento.

Cuento las píldoras del envase. Debería haber cincuenta de una y

veinticinco de otra. Pero en lugar de ello quedan cincuenta y dos y veintiséis.

–Es verdad –digo con un suspiro–. Se me olvidó tomar las pastillas.

Mark gruñe antes de levantarse de la silla. Me fijo en que tiene los hombros un poco menos tensos.

–Voy a recoger –dice.

Mientras él trastea con la escoba y el recogedor, voy hasta la nevera y saco una botella de leche. Me suenan las tripas de hambre. Lleno un cuenco de copos de maíz. Me siento a la mesa con una cuchara y enciendo la radio. Al principio es solo un sonido distorsionado, pero al cabo de unos instantes suena la canción del anuncio de una web que compara seguros de coches. Mark ha barrido la última esquirla de porcelana. También ha decidido que sigue queriendo tomarse un té, ha sacado una taza y depositado dentro una bolsita de Earl Grey.

«Buenos días, Anglia Oriental –dice una voz de hombre en la radio–. Son las noticias de las ocho. La reina ha dado el consentimiento real a una ley parlamentaria destinada a fomentar los matrimonios mixtos entre personas Uno y Duo, que, tal y como reveló el censo de 2011, constituyen ahora mismo el setenta y el treinta por ciento de la población respectivamente. Prejuicios culturales muy arraigados en nuestra sociedad han desalentado durante mucho tiempo estas uniones. En 2014 solo se registraron en Gran Bretaña trescientos ochenta y nueve matrimonios mixtos.»

Miro a Mark sin que se dé cuenta. Está removiendo el té para disolver un terrón de azúcar y la mueca de sus labios es algo más alegre, solo un poquito. Sé por qué está satisfecho: esta noticia favorece su campaña para ser elegido miembro del Parlamento. Dato: hace veinte años tuvo el valor de casarse con la Uno Claire Bushey a pesar de la fuerte oposición de su familia. Es un Duo en contacto con las necesidades, las esperanzas y los miedos de los Uno británicos. Está casado con una.

«Estudios científicos recientes han demostrado que una pareja Uno-Duo tiene un setenta y cinco por ciento de posibilidades de concebir hijos Duo.»

Hijos. Dato: quiero tener un hijo. Mi corazón ansía un pequeño al que cuidar y amar. Pero ¿cómo voy a tener un hijo si el sexo ha desaparecido de mi matrimonio?

«El Gobierno cree que una proporción mayor de Duo impulsará la competitividad económica y la productividad británicas –continúa diciendo el presentador–. Ha dado su apoyo a la Ley de Matrimonios Mixtos, que garantiza ventajas fiscales a las uniones Uno-Duo. Se espera que la ley entre en vigor el 15 de febrero de 2016.»

Qué sabrán ellos. Los datos son importantes. Me he obligado a

mí misma a aprenderlos, me gusten o no.

Dato: los Uno casados con Duo son objeto de recordatorios diarios de las limitaciones de su memoria. Esto los aboca a un estado de inferioridad crónica. Probablemente por eso llevo años tomando antidepresivos. Sin embargo, no me atrevo a contemplar la idea de dejar al hombre que ignoró el mayor tabú social para casarse conmigo, pues si lo hiciera mi porvenir sería mucho peor. Dato: Mark cobró un anticipo de 350.000 libras por *A las puertas de la muerte*, su novela de mayor éxito. Vivimos en una mansión en Newnham con vistas al Cam. Seis dormitorios, un porche cerrado y media hectárea de jardín. Vacaciones en el Caribe dos veces al año, volando en primera clase. Si me hubiera casado con otro Uno, seguiría trabajando de camarera en el Varsity Blues.

El presentador se ha puesto a hablar del resultado del encuentro de fútbol de ayer entre Inglaterra y Alemania.

Suspiro y como otra cucharada de cereales. Mastico los copos de maíz, su dulzor almibarado me recubre la lengua. Tengo una vida idílica... pero solo en la superficie. Eso dicen los datos. Si hubiera un niño en mi vida... El vacío crece a medida que pasan los años; ya tengo 39. Y si pudiera recordar las cosas, como Mark... La brecha entre nuestras memorias respectivas nos separa como un abismo insalvable.

El presentador está diciendo algo sobre Cambridge. Presto atención.

«El cuerpo sin vida de una mujer de mediana edad ha aparecido esta madrugada en el río Cam, en una reserva natural cerca del pueblo de Newnham...»

Un estrépito ahoga sus palabras. Levanto la vista de mis cereales. A Mark se le ha caído la taza, que está hecha añicos en el suelo de la cocina. Delante de él hay un charco de Earl Grey caliente. Tiene una bolsa de té marchita encima del zapato.

«Un portavoz de la Policía de Cambridgeshire ha declarado que hay indicios de criminalidad y que se ha abierto una investigación – está diciendo el presentador–. Pasamos ahora a la información del tiempo. La agencia meteorológica afirma que hoy soplará viento...»

Apago la radio. El silencio que sigue resulta aún más inquietante. –¿Qué pasa? –digo.

Mark no reacciona. Tiene la mirada perdida. Sus hombros dibujan una línea tensa.

–¿Es por la noticia de la mujer muerta?

Mi marido parpadea, debo de haber acertado. Es por ella. Pero ¿por qué?

–Me ha... me ha sorprendido la noticia, nada más –dice atropelladamente–. Es probable que la encontraran en el Parque Natural de

Paradise, aquí al lado. Qué horror. Por eso he oído sirenas de la Policía esta mañana.

Le examino la cara con atención. Tiene la mandíbula apretada.

–No entiendo por qué estás tan alterado.

–No estoy alterado –dice Mark, aunque la rigidez de sus hombros sugiere otra cosa–. Solo torpe. Primero la tetera y ahora la taza. Lo siento. Voy a recoger otra vez.

Me da la espalda y sale de la cocina.

Me quedo mirando los cereales que quedan en el cuenco. Se me ha quitado el apetito.

Mark ha barrido los restos de la taza y se ha retirado a su estudio, situado al final del jardín. Estoy tentada de sacar a *Nettle* a dar un paseo por el parque Paradise. Aunque es probable que haya partes acordonadas, igual consigo atisbar algo de lo que esté haciendo la Policía.

Le pongo la correa al perro y salimos al sol. El aire de la mañana es fresco, hasta diría que un poco frío. Leves notas de madreselva perfuman la acera. Vamos hasta la cancela de torniquete al final de Grantchester Meadows. *Nettle* intenta salir disparado en cuanto olfatea algún conejo. Tiro de la correa. La cancela chirría; entramos en el parque. La tierra que pisamos está blanda, encharcada en algunas zonas. Está salpicada de huellas de pisadas, en su mayoría recientes. Una mariposa de los muros baila delante de nosotros, su silueta parpadeante se perfila contra los rayos de sol.

Oigo voces ahogadas cuando bajamos por el sendero arbolado, dejando atrás varios saucos viejos y un afluyente cenagoso del Cam a la derecha. A lo lejos cabecean cascos negros de policía.

Me acerco. En un tramo de pasarela hay varias personas de espaldas. Tres agentes les cierran el paso. Una larga cinta amarilla serpentea entre dos árboles y sus extremos aletean al viento.

Sujeto con fuerza la correa de *Nettle* y me uno al grupo de curiosos. Un hombre con vaqueros y una cazadora verde acolchada está grabando con una cámara. Un reportero vestido de traje y con un marcado tupé le habla a un micrófono. La mayor parte de las personas mira hacia la orilla del río. Me pongo de puntillas y echo un vistazo por encima de sus cabezas.

–Nada de móviles. –Uno de los agentes agita un dedo en dirección a un niño.

El espectáculo es decepcionante. No veo ningún cadáver, tampoco una de esas bolsas que se usan para transportarlos. Solo dos hombres con trajes de protección blancos y guantes azules de go-

ma. Uno de ellos está guardando algo dentro de una bolsa de plástico. El segundo saca fotografías de un árbol de gran tamaño a la orilla del Cam. Su inmenso tronco, parcialmente sumergido, sobresale del agua a lo largo de unos seis metros antes de escindirse en ramas frondosas.

—¿Qué ha pasado? —Me vuelvo hacia un hombre con zapatillas de deporte color naranja fluorescente.

—Han encontrado un cadáver en el río a primera hora.

—No lo veo.

—Se la llevaron hace un rato, por ese camino. —Señala un segundo sendero arbolado, en dirección opuesta a la que hemos seguido *Nettle* y yo.

—Ha debido de ser horrible.

—Estaban cerrando la cremallera de la bolsa cuando pasé corriendo. Hace un par de horas. Rubia, de pelo largo. No conseguí verle la cara.

—¿Sabe cómo la han encontrado?

—Se lo he oído decir a ese hombre. —Señala al reportero con el micrófono—. Parece ser que un corredor la vio entre los juncos, flotando cabeza abajo. Justo a los pies de ese árbol.

—Qué horror.

—Ojalá me hubiera levantado antes hoy. La habría visto primero.

—Me pregunto si saben quién es.

—El hombre de los informativos dijo que han encontrado un carné de conducir en uno de los bolsillos. Pero no mencionó el nombre.

Asiento con la cabeza.

—Bueno, me marcho. Esto ya se ha puesto aburrido. Bonito perro.

Se gira y echa a correr, sus zapatillas destellan entre los árboles. Veo que el reportero guarda el micrófono. La cámara ha dejado de grabar. Aflojo la correa de *Nettle* y empiezo a tirar de él en dirección a casa, entre los sauces que susurran al viento.

Pobre mujer. Me pregunto qué le habrá pasado.

Cuando llego a casa, Mark no está. Debe de seguir en su estudio. Le quito la correa a *Nettle* y echo una cantidad generosa de galletas en su cuenco. Mientras las mastica, me pongo el peto y los guantes. Mi diario me dice que llevo al menos dos días sin trabajar al aire libre. El jardín tiene que estar pidiendo a gritos una poda y una limpieza. Al completo.

Empujo la puerta del porche y salgo de nuevo al sol. Se ha levantado viento. Bajo por el sendero pavimentado que discurre hacia el estudio de mi marido. La tormenta de hace dos mañanas ha dejado